

Cristo La Puerta de Sus Ovejas

Un sermón sobre Juan 10:9 Por Rev. A. Hoogerland (sermón 352b)

225:1,3

387:1,2

Lectura Bíblica: Juan 10:1-21

60: 3, 4, 5

53: 1, 2

220: 1, 3

Introducción

Queridos amigos:

Cuando David tenía que huir de Saúl, leemos que terminó en la tierra de los filisteos. David no debería haber huido allí, y la Biblia nos enseña que David fue afligido en aquella tierra, y en fin tuvo que huir a la cueva de Adulam. David no huyó a su casa, ni a su gran amigo Jonatán, sino que huyó a una cueva que se encontraba en las montañas de Judá, y allí vinieron a él *“todos los afligidos, y todo el que estaba endeudado, y todos los que se hallaban en amargura de espíritu”* (1Sam. 22:2).

En primer lugar, entonces, David pudo recibir a los afligidos y los pobres, quienes no pudieron encontrar su vida más con el Saúl, y quienes fueron perseguidos por aquel mismo rey. En segundo lugar, David recibió a todos los endeudados. Tal vez hay entre nosotros algunos que tengan una deuda, y la persona a quien deben ya está exigiendo que paguen. No me refiero aquí a la vida natural, sino a la vida espiritual, donde existe un pueblo que tiene una deuda que alcanza hasta los cielos, y no tiene ni un centavo con que pagarla. En tercer lugar, David recibió en la cueva a las personas que se hallaban en amargura de espíritu. Estos representan a aquellas personas que han conocido la tristeza que es según Dios, y que produce arrepentimiento para la salvación (2 Co. 7:10).

Queridos amigos, cuando todas aquellas personas huyeron a la cueva de Adulam, sabemos que David los recibió y vivió con ellos. Sabemos de la Biblia que las cuevas de esa región tenían puertas muy angostas, pero adentro de la cueva había amplio espacio. Pues el número de personas que huyeron a la cueva de Adulam se sumió hasta cuatrocientas. También sabemos de la Biblia que si una persona es salva por la gracia de Dios, el camino que lleva a esta salvación es muy angosto; sin embargo, cuando Dios nos

enseña algo del Gran Mediador y la amplitud que hay en Él, entonces hay esperanza para el mayor de los pecadores, pues todos los necesitados y afligidos pueden refugiarse en Él.

Cuán necesario es que nosotros aprendamos a huir desde la Ciudad de Destrucción a aquella cueva mayor de Adulam que es Cristo Jesús, para así recibir la gracia de Él que es mucho mayor que David, y para así gozar de la salvación, oyendo con Abiatar las palabras: *“Quédate conmigo, no temas; ... pues conmigo estarás a salvo”* (1 Sam. 22:23).

Si se encuentran entre nosotros tales personas quienes están afligidas, y quienes tienen una deuda de pecado que alcanza hasta los cielos, o que tienen un acreedor a quien no pueden pagar, pues se dan cuenta de que han desechado todo al romper el Pacto de Obras con Adán, entonces a aquellas personas les predicamos el mensaje que Dios nos ha dado: *“He puesto el socorro sobre uno que es poderoso”* (Salmos 89:19). Aunque es verdad que el camino que lleva a la vida es muy angosto, la Iglesia de Dios llega a conocer, por la gracia de Dios, la amplitud que se encuentra en la salvación hecha por Jesucristo. Por lo tanto, queridos amigos, la cueva de Adulam señala al Gran Mediador, Quien es la Justicia para Su pueblo, y Quien *“vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”* (Lc. 19:10).

Este Mediador se refiere a Sí Mismo como la puerta por la cual podemos entrar en el reino de los cielos. Deseamos dirigir nuestra atención a esto ahora, con la ayuda de Dios. Las palabras de nuestro texto se encuentran en la porción de las Escrituras que hemos leído, y en el versículo 9 de Juan 10, donde la palabra de Dios y nuestro texto se lee así: *“Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos”*.

Las palabras de nuestro texto nos hablan acerca de:

CRISTO, LA PUERTA DE SUS OVEJAS

Consideramos tres pensamientos principales:

- 1. La descripción de esta puerta;**
- 2. La entrada por esta puerta;**
- 3. Las riquezas que se encuentran en esta puerta.**

PRIMER PENSAMIENTO

Queridos amigos, en el décimo capítulo del Evangelio de Juan, escuchamos al Mediador, al Rey de reyes y Señor de señores, enseñándonos esta parábola de amor. Cristo Mismo es el Gran Pastor de Su rebaño, Quien lo alimenta y gobierna como un pueblo preparado para servirlo. La imagen de un rebaño tenía mucho significado para el pueblo antiguo, pues sabemos que había muchos rebaños grandes en la tierra de Israel, y había pastores por todas partes. Estos pastores cuidaban a sus rebaños con mucho cariño, y defendían sus rebaños de todo peligro. Sin embargo, nunca jamás había un pastor como el Gran Pastor, Jesucristo, Quien nos dice: *“Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da por las ovejas”* (v. 11). Aquí la palabra “buen” tiene el significado de “perfecto”; Jesús es el Pastor perfecto.

Como Jesús enseña en este capítulo, muchos habían venido antes de Él, pero eran ladrones y salteadores que subían por otra parte, y no querían entrar en el redil de las ovejas por la Puerta, Quien es Jesús Mismo. El Gran Pastor de Su rebaño *“nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención”* (1 Co. 1:30).

Entonces, sabemos en primer lugar que Cristo es el Gran Pastor de Sus ovejas, quienes Él ha recibido de Su Padre desde la eternidad, y quienes Él compró con el precio de Su sangre. En segundo lugar, vemos que Cristo también es la Puerta de Sus ovejas, y el que entra por esta Puerta será salvo. Una puerta es una entrada reconocida; si no hubiera una puerta en nuestra casa, por ejemplo, no habría manera de entrar correctamente, a menos que alguien suba por la ventana como ladrón o salteador. Esta imagen de una puerta tenía mucho significado en el tiempo de Jesús. Había muchos rediles, que fueron espacios encerrados por muros para guardar las ovejas. Estos rediles tenían puertas muy angostas; de hecho, la abertura que servía como puerta del redil era muy angosta, y las ovejas sólo podían entrar una por una. Normalmente el pastor estaba parado por la puerta, y contaba sus ovejas cada vez que entraban o salían. Por lo tanto, empleando esta imagen del pastor cuidando la entrada y salida de sus ovejas, el Señor Jesús dice: *“Yo soy la puerta; el que por mí entrare...”*

Cristo es el Redentor único, perfecto y eterno, y Él es la Ofrenda que Dios ha dado para pecadores perdidos. Como nos dice la palabra de Dios: *“Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados”* (Heb. 10:14). Por lo tanto, el Mediador Jesucristo les dice a los judíos, los fariseos y los escribas: *“Yo soy la puerta”*. Él se presenta como la única Puerta, dada por la gracia, para que pecadores puedan ser salvos y puedan entrar en el reino de los cielos por medio de Él.

En primer lugar, nos fijamos en una *puerta cerrada*. Amigos, ¡había una vez cuando esta puerta estaba abierta! El hombre fue creado a la imagen de Dios, con verdadero conocimiento, justicia y santidad, y como tal podía acercarse a Dios sin la necesidad de un Mediador. Fuimos creados buenos y perfectos. Sin embargo, nosotros hemos cerrado esta puerta al quebrantar el pacto de obras y al romper la ley por medio de nuestro Adán, que era la cabeza de este pacto. Ahora, la santidad de Dios no permite que pecadores vuelvan a Dios y la comunión con Él a través del pacto de obras. Al contrario; ahora hay una ‘espada encendida’ que se revuelve por todos lados para prohibir que volvamos a tener comunión con Dios por medio de nuestras obras. Es necesario que cada uno de nosotros aprenda por la experiencia propia lo que leemos en la palabra de Dios: *“Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas”* (Gál. 3:20).

También hemos cerrado la puerta de nuestro corazón. Jóvenes, adultos y ancianos entre nosotros ¿se dan cuenta de que hemos cerrado la puerta de nuestro corazón? Todos decimos por nuestra naturaleza: *“No queremos que éste reine sobre nosotros”* (Lc. 19:14). Como dijo Jesucristo: *“Y no queréis venir a mí para que tengáis vida eterna”* (Juan 5:40). Nuestra falta de voluntad es aun peor que nuestra incapacidad. No estamos dispuestos a inclinarnos ante Dios ahora, tal como no estuvimos dispuestos en el Paraíso por medio de Adán, la cabeza del pacto de obras. Por lo tanto, somos incapaces, y como resultado somos sumamente miserables, pues nuestro corazón tiene una puerta abierta para todo lo que sea malo. Decimos a través de nuestras vidas: *“Comamos y bebamos, porque mañana moriremos”* (1 Co. 15:32), así abriendo nuestro corazón a todos los placeres del mundo, pero cerrándolo para Dios y las cosas que pertenecen a nuestra salvación.

En segundo lugar, nos fijamos en una *puerta abierta*. Consideremos a Juan en la Isla de Patmos, quien escribió: “*Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo*” (Ap. 4:1). Este testigo fiel de Dios, quien estuvo exiliado a la Isla de Patmos por haber dado un buen testimonio de Jesús, vio una puerta abierta en el cielo. Por más que nosotros hemos cerrado la puerta, ¡Dios ha abierto la puerta! Esta puerta abierta ya no existe por medio del pacto de obras, sino que se abre completamente por medio del pacto de la gracia. Esta puerta abierta existe como un resultado del beneplácito de Dios Padre y Su elección soberana. ¿No es algo maravilloso, amigos? Antes de que fuera cerrada la puerta por medio de Adán, ya había una puerta abierta en el cielo desde la eternidad. Dios siempre está por delante de Satanás y del hombre, y por lo tanto, Él tuvo una Puerta preparada en el cielo desde la eternidad.

También vemos que esta Puerta se abre a través de la venida del Mediador al pesebre de Belén, Sus sufrimientos, Su resurrección, y Su ascensión. Él ha santificado el camino de Su pueblo y la puerta al cielo a través de Su sangre preciosa.

Si está bien una puerta es una entrada reconocida, muchas veces los ladrones entran por otros lugares, o si entra por la puerta, lo hace con fuerza. Sin embargo, en la vida de la gracia, nunca se abre la puerta por fuerza propia, sino que el hijo de Dios es guiado por esta puerta, y entrará por esta puerta a base de los méritos del Gran Fiador y Mediador. En la Biblia se lee de esta puerta; por ejemplo, Salmo 118 dice:

Esta es la puerta de Dios

Donde entra el justo;

Gracias Te doy, mi Salvador,

Él que me escuchó. (Salterio 118:2)

Los ángeles también cantaron de esta puerta al anunciar la llegada del Salvador: “*¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!*” (Lc. 2:14) Sí, esta puerta está abierta, y los apóstoles testificaron de aquella puerta. Dios ha glorificado a Sí Mismo por las obras de Sus propias manos, y no había quién Le ayudara, pues no era posible que el hombre participara. Entonces, Dios ha sido reconciliado por Dios Mismo, y así manifestará que los elegidos serán salvos porque así

quiso Dios. Una Puerta ha sido abierta por la cual serán llevadas las ovejas perdidas, escogidas, compradas y redimidas. Oh, ¡cuán grande es este milagro eterno! Espero que entre nosotros haya aquellos que forman parte de este rebaño del Gran Pastor.

A través de la puerta que es Jesucristo es necesario entrar en el reino de Dios. Escuchemos lo que dice el apóstol Pablo: *“Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia”* (Fil. 1:21). Querido amigo, se tú mueres hoy y no eres salvo, ya no será posible entrar por esa puerta. Es necesario conocer a Cristo en *esta* vida, mientras estamos por este lado de la muerte, pues si morimos sin ser salvos, cuando venga el gran Día de Juicio, esta puerta nos será cerrada, y lo será para siempre. Por lo tanto, mientras todavía estamos en este mundo, y mientras hay esperanza, deseo amonestar a cada uno de ustedes: *“Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón”* (Salmo 95:7, 8).

Hay muchos que quieren salvarse por medio de una puerta de “emergencia”. Pienso en el rico joven, que quería entrar por la “puerta” de sus propias virtudes y buenas obras. Otros quieren entrar en el reino de Dios por medio de una puerta “trasera”, mientras hay otros que quieren entrar por otra parte que no sea la puerta. Aquellas personas quieren saltar todo lo que tiene que ver con la miseria del hombre, y quieren pasar directamente a la salvación. Amigos, que sepan que aquellos que intentan subir y entrar por otra parte no son más que ladrones y salteadores, y serán echados al infierno desde la misma puerta del cielo. Es necesario, pues, conocer a la Única Puerta que es Jesucristo. Es verdad que la puerta lleva al cielo es muy angosta, pero una vez adentro, hay muchísimo espacio para el mayor de los pecadores. Sólo pregúntelo a uno de los hijos de Dios; ellos darán testimonio de que cuando no había refugio para ellos, y cuando no había quien les ayudara, ellos recibieron una vista de la amplitud de salvación que se encuentra en Jesucristo, Quien es el único que provee acceso a Dios Padre.

SEGUNDO PENSAMIENTO

En nuestro segundo pensamiento, vamos a considerar **la entrada por esta puerta**. Leemos nuestro texto una vez más: *“Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará*

pastos.” En nuestra mente, pensamos en un redil en los tiempos antiguos: era un lugar encerrado con una entrada muy angosta. Las ovejas pasaban por esta entrada una por una, y fueron contadas por el pastor, quien estaba a un lado de la puerta mientras las ovejas pasaban por ella. Cristo, como la puerta de Sus ovejas, no está a un lado de la puerta, sino que Él *es* la puerta. Es por medio de Él únicamente que podemos entrar en el redil celestial; es únicamente por Él que podemos ser salvos.

Amigos, pienso que hay muchos entre nosotros hoy que están pensando: “Yo sé con la mente que existe esta puerta, pues siempre leo la Palabra de Dios”. Es cierto que debido a la enseñanza religiosa que hemos recibido, sabemos con nuestro entendimiento que Cristo es la puerta; sin embargo, esto no nos lleva adónde tenemos que estar, y con solamente un conocimiento externo de esta puerta, pereceremos para siempre.

Hay otros aún que dicen con sus acciones: “Yo sé que existe esta puerta en Cristo, pero no Lo necesito”. Con Poncio Pilato, ellos dicen: “¿*Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo?*” Sin embargo, el hijo de Dios no habla así, porque aprende que necesita a Jesús para liberarlo de su deuda que alcanza los cielos.

También hay aquellos que cantan y hablan mucho sobre Jesucristo, la puerta de Su pueblo. Siempre hablan sobre el hecho de que Jesús recibe a pecadores, y por lo tanto los ha recibido. No obstante, estas personas realmente demuestran que no Lo necesitan, pues nunca han experimentado su estado de miseria. La miseria del hombre se experimenta en el principio de la vida espiritual, pero también se experimenta a través de la vida entera del hijo de Dios, porque así se manifiesta para qué es que tanto necesitamos a Jesús, la puerta de Su pueblo.

Hay aún otros que no están muy lejos de esta puerta, pero se quedan afuera. Había una mujer que levantó la voz y Le dijo a Jesús: “*Bienaventurado el vientre que te trajo, y los senos que mamaste*”. Sin embargo, Jesús le contestó: “*Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan*” (Lc. 11:27, 28). El estar cerca de la puerta no es igual que *entrar* por la puerta. Jesús nos advierte en Su palabra: “*No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos*” (Mt. 7:21).

Si es que vamos a entrar por esta puerta, tienen que suceder varias cosas en nuestra vida. En primer lugar, tenemos que *salir de este mundo y sus placeres*. En Salmos 45 leemos: “*Oye, hija mía, e inclines tu oído; olvida tu pueblo, y la casa de tu padre; y deseará el rey tu hermosura; e inclínate a él, porque él es tu señor*” (v. 10, 11). Cuando Abraham entró por la puerta, primeramente tenía que salir de Ur de los caldeos y llegar a una tierra desconocida.

En segundo lugar, es necesario *salir del pecado*. ¿Qué quiere decir esto? Esto significa odiar el pecado y huir de ello. Pienso en Efraín, quien dijo: “*¿Qué más tendré ya con los ídolos?*” (Oseas 14:8) Este mismo Efraín se lamentaba: “*Me azotaste, y fui castigado como novillo indómito; conviérteme, y seré convertido, porque tú eres Jehová mis Dios. Porque después que me aparté tuve arrepentimiento, y después que reconocí mi falta, herí mi muslo; me avergoncé y me confundí, porque llevé la afrenta de mi juventud*” (Jer. 31:18, 19).

En tercer lugar, tenemos que *salir de nosotros mismos*. Queridos amigos, leemos en la Biblia que “*Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá*” (Mt. 16:25). No dice que él que *desea* perder su vida será salvo, sino él que *sí* la *perderá*. Por la naturaleza deseamos mantener nuestra vida, pero si por la gracia de Dios llegamos a perderla, así despidiéndonos de todas las cosas de nuestra vida que antes nos habían parecido tan deseables, entonces Dios nos enseñará que Él salva por la gracia únicamente.

En cuarto lugar, es necesario *salir de nuestra vida anterior*. Amigos, cuando ocurre esto, el pecado ya representa la muerte para nosotros, y ya no podemos andar con nuestros amigos de antes, y no podemos vivir la vida de antes. A veces ocurren separaciones difíciles, incluso entre padres e hijos o aún entre esposo y esposa, porque el incrédulo no puede aceptar que otra persona ya teme a Dios.

Sí, amigos, la entrada por la puerta abarca mucha tribulación. Para tomar un ejemplo de esta vida, si tenemos que pasar por una puerta muy angosta, no llevamos nada de bultos o valijas, sino que vamos solos; así es espiritualmente en la vida del hijo de Dios: tiene que entrar por la puerta con nada de valijas, ni con la ropa de sus propias justicias que antes tenía puesta. En el principio de la vida de la gracia, la Iglesia se despide del mundo. Sin embargo, ¡recuerden bien que el mundo *no* se despide de la Iglesia! Al

contrario, el mundo y el pecado azota al hijo de Dios continuamente durante esta vida, y de hecho, sólo se despedirá del mundo en el momento de su muerte.

La Biblia nos dice: “*Esforzaos a entrar por la puerta angosta*” (Lc. 13:24). En Mateo leemos: “*Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan*” (Mt. 7:13, 14). ¿Por cuánto tiempo tenemos que esforzarnos a entrar por la puerta angosta? Esta lucha es una que dura durante la vida entera, y hasta el momento de nuestra muerte. No piensen que tenemos que esforzarnos menos cuando somos ancianos, pues el pecado no se disminuye con la edad. Al contrario, muchas veces los pecados que habíamos considerado como superados aparecen de nuevo con más poder en nuestra vejez.

Jesús nos enseña que Él es la puerta de Sus ovejas. ¿De quién, entonces, es la obra de entrar: del pecador o de Jesús? Vamos a considerar este punto con cuatro particulares.

En primer lugar, es la obra *del amor de Dios que busca a los Suyos*. Niños y jóvenes, ¿recuerdan la parábola de la oveja perdida en los primeros versículos de Lucas 15? De su propia voluntad esa oveja se desvió y se perdió. Allí va el pobre animal, desviándose más y más, y enredándose en los arbustos. Sin embargo, ¿qué ocurre? La oveja perdida no vuelve al pastor de sí mismo. El buen pastor dejó las noventa y nueve ovejas en el redil para buscar la oveja perdida hasta encontrarla. Es más, ¿qué hace el pastor cuando encuentra la oveja perdida? ¿La golpea? ¡No! Al contrario, la pone sobre sus hombros gozosos, y cuando regresa a su casa, anuncia con gozo a todos los demás que había encontrado su oveja perdida. Esto es una ilustración del amor de Dios para con los Suyos. ¡Cuán maravilloso y grande es ese amor con el cual el Gran Pastor hace posible que Sus ovejas entren en Su redil! Jesús es la puerta, y Él sigue siendo la puerta para Sus ovejas.

En segundo lugar, la entrada por la puerta es el resultado *amor de Dios que atrae a los Suyos*. Jóvenes, espero que después de este culto ustedes vayan a sus casas y que oren con el pueblo de Dios:

“*Atráeme; en pos de ti correremos*” (Cant. 1:4). Que la oración de todos sea: “Atráeme, oh Dios”, pues no podemos entrar por nosotros mismos. Es la gracia soberana y libre de Dios que salva a un pecador.

En tercer lugar, esta entrada es la obra del *amor irresistible de Dios*. No podemos resistir el amor de Dios, pues cuando Dios obra en la conversión, es de una manera todopoderosa y sobrenatural. “*El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de donde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu*” (Juan 3:8). El Gran Pastor no tiene que correr tras Su pueblo para que entren; no, lo atrae con amor. Satanás es él que corre tras el pueblo de Dios, tratando de perseguirlos para que entren en la perdición. Sin embargo, el Señor atrae a Su pueblo y lo lleva con Su vara y Su cayado.

Por último, esta entrada es la obra del *amor inmutable de Dios*; es decir, el amor que nunca cambia. “*Porque yo Jehová no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos*” (Mal. 3:6). Si hoy todavía somos cabras (y eso es lo que todos somos por la naturaleza), mañana podremos ser cambiados en ovejas, porque así cambia el Señor a los Suyos. Leemos en Mateo 25:32 que el Día de Juicio, “*serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos*”. Si bien sabemos que las ovejas de Dios lo han sido desde la eternidad ante los ojos divinos, Dios hace que Sus hijos sean ovejas por la obra de la gracia.

En el principio de la vida de la gracia, cuando los hijos de Dios son recién convertidos, ellos no pueden ver la puerta. Al contrario, muchas veces piensan que están delante de una puerta cerrada. Sin embargo, no pueden dejar de postrarse delante de esa puerta, porque ya no pueden volver por la puerta que lleva al mundo y la perdición. Están delante de esa puerta (que les pareciera cerrada) cargados con su culpa que alcanza hasta los cielos, tanto su pecado original como sus pecados actuales. Sin embargo, por más que oran tanto, muchas veces la puerta permanece cerrada para ellos. Tales personas vacilan entre la esperanza y el temor. Es más, queridos amigos, aun cuando más tarde el Señor les abre la puerta, toda esta vida aquí en el mundo el pueblo de Dios andan con la esperanza y el temor; cuando uno está en acción, no es que el otro haya desaparecido. No obstante, la esperanza ganará la victoria al final, porque es Dios que la sostiene. En el libro *El progreso del peregrino*, por Juan Bunyán, había un hombre que echaba mucha

agua en un fuego que ardía, así ilustrando como Satanás intenta apagar la gracia de Dios. Sin embargo, si recuerdan la historia, sabrán que por más agua que echaba, el fuego nunca se apagó. ¿Por qué? Era porque había otro, que no era muy visible, que seguía echando aceite en el fuego. ¡Qué ilustración más hermosa! Por más que Satanás intente apagar el fuego de la gracia, el Señor siempre derramará ese aceite, que representa a Su Espíritu Santo, para que el hijo de Dios nunca pierda la esperanza. Y así Dios recibirá el honor y el pecador recibirá la salvación.

Muchas veces el hijo de Dios recibe una *vista* de la puerta, pero esto no es suficiente, porque es necesario *entrar* por la puerta. Pues si estamos afuera de la puerta, una vista puede ser preciosa, pero en un momento se pierde esa vista, y otra vez el pecador está con su carga de culpa. Piensen en el vengador de la sangre que perseguía al homicida que huía a la ciudad de refugio. ¿Era suficiente para el homicida que *viera* la puerta de la ciudad? ¡No, él tenía que *entrar* por la puerta para estar seguro!

Queridos amigos, no quiero menospreciar esas “vistas” de la puerta, porque de hecho son experiencias preciosas para el pueblo de Dios, y pueden darles mucho ánimo. Sin embargo, no puedo resaltar suficientemente cuán necesario es el *entrar* por la puerta. Pero, ¿cómo entra el pueblo de Dios por esa puerta? Amigos, tienen que perder *todo* de sí mismos. De hecho, tienen que *perderse* en sí mismos, para que el Mediador los salve por la fe, y para que los que eran enemigos sean reconciliados para ya ser hijos de Dios. Con esto podemos ver que aunque una vista de la puerta puede “cubrir” la deuda de Su pueblo para no lo vea por un tiempo, es necesario que la deuda sea quitada al entrar por la puerta.

En nuestro tercer pensamiento principal, observaremos **las riquezas que se encuentran en esta puerta**, pero **primeramente cantemos el Salterio 53, las estrofas 1 y 2.**

TERCER PENSAMIENTO

Un gran tesoro se encuentra en esta puerta. ¿Qué es este tesoro? Las palabras de nuestro texto lo dicen: “*el que por mí entrare, será salvo*”. Esto quiere decir *salvo* de la ira venidera, salvo del castigo que

merece el pecado, salvo en cuerpo y alma, y salvo para siempre. No es posible que haya algo con más valor que la salvación del pueblo de Dios.

Queridos amigos, cada uno de nosotros tiene que morir y encontrarse con Dios. Hay un solo camino que lleva a la salvación, y es el camino que Dios Mismo ha hecho posible. No hay otra manera; la única manera de entrar en el reino de los cielos es por la Puerta de las ovejas, Que es Cristo Jesús. Puede ser que alguien diga: “¿Pero acaso no hay personas serias y preocupadas que todavía no han experimentado el perdón de sus pecados?” Por supuesto esto es cierto. Espero que mi predicación nunca sirva a desanimar a las almas preocupadas que todavía no conocen a Jesús como su Salvador. Sin embargo, lo que deseo señalar justamente a aquellas personas es esta Puerta, Jesucristo, por el cual todos los hijos de Dios tienen que entrar. Hay una amplitud en él que nunca puedo explicar con palabras humanas. Es cierto que bienaventurados son los que tienen hambre y sed de justicia; sin embargo, ¡aquellos que entran por la puerta serán saciados para siempre!

Todavía quería considerar brevemente las palabras de nuestro texto que dicen: “*Y entrará, y saldrá, y hallará pastos*”. Esto se refiere a las ovejas que entraban en el redil por las noches, y salían para hallar pastos durante el día. Cada vez que entraban o salían, el pastor contaba las ovejas, una por una. ¿Qué quiere significar esto espiritualmente? En primer lugar, entrando el redil se refiere a la seguridad y el reposo que se encuentra adentro. Cuando todas las ovejas estaban adentro del redil, el pastor se echaba en la misma entrada del redil para cuidar las ovejas. Si alguna bestia salvaje o ladrón quería entrar para hacer daño a las ovejas, ahí estaba el pastor para cuidarlas. El pastor actuaba como la puerta del redil.

Fuera del redil espiritual del pueblo de Dios, Satanás y todos los poderes del mundo tratan de destruir la obra de Dios en Sus ovejas. Sin embargo, Satanás no puede robar ni siquiera una de las ovejas espirituales del redil, ni el más pequeño, porque el Gran Pastor, Jesucristo, los cuida, y Él es la Puerta del redil. Puede ser que la Iglesia aquí abajo tiemble y sea afligida, como seguramente las ovejas en el redil temblaban cuando escuchaban el rugir de las bestias afuera. Sin embargo, siempre había seguridad en el redil, y de la misma manera, siempre hay seguridad en Cristo para el pueblo de Dios.

Y, ¿qué significa la salida del redil? ¿A qué se refiere cuando dice que “*saldrá, y hallará pastos*”? En la mañana, el pastor abría el redil para que cada uno de las ovejas pudiera salir. ¿A dónde iban? Pues, como no podían sobrevivir sin comida, salían a hallar pastos. Una vez más, cuando salían las ovejas, el pastor contaba cada oveja, una por una. Una vez que salía la última, el pastor acompañaba las ovejas, llevándolas a los pastos más delicados. Fíjense que las ovejas no escogían su propio pasto; ¡no, el pastor era él que las guiaba a los pastos! Y así es espiritualmente: el Gran Pastor les da a Sus ovejas los mejores pastos, y Él los lleva a hallar esos pastos, porque el Pastor sabe mucho mejor lo que necesitan.

Es importante destacar el hecho de que hay ciertos pastos que son buenos para las ovejas durante el invierno, y hay otros pastos que son mejores para las ovejas durante el verano. Durante el invierno, cuando la comida es más escasa, las ovejas necesitan al pastor más que nunca. Y, ¿no es así espiritualmente? Obviamente todos preferimos los tiempos de verano, cuando podemos decir: “*Jehová es mi pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar*” (Salmos 23:1, 2). Sin embargo, es necesario que el pueblo de Dios pase por el “invierno” también, durante el cual nunca morirán de hambre, sino que dependerán más y más de la mano del Pastor, Jesucristo. Es decir, el Pastor siempre busca los pastos que son los más adecuados para Sus Ovejas. Hay tiempos cuando necesitan los pastos verdes y recién brotados, y otros tiempos cuando no les conviene tener esos pastos. Como bien escribe el apóstol: “*Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño; pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal*” (Heb. 5:13, 14). Lo que sí es cierto: el Gran Pastor nunca dejará a Su pueblo sin comida, y siempre le dará la comida que le conviene.

Sin embargo, el pastor de las ovejas hace aún más para las ovejas cuando salen del redil. Las protege de las bestias salvajes, tal como hizo David cuando un león quería matar a sus ovejas. Piensen, amigos: si David hubiera muerto al defender sus ovejas, entonces todas sus ovejas también habrían perecidos. Aquí hay una gran diferencia con la Puerta de Sus ovejas, Jesucristo. Era *necesario* que Él muriera, porque es justamente a través de Su muerte por la cual Sus ovejas tienen la vida. Así que el Gran Pastor es mucho

más aun que un pastor terrenal: dio Su vida por Sus ovejas, les da su comida necesaria, y permanece como la Puerta para ellos.

También cuando los hijos de Dios mueren, tienen que entrar en los cielos por medio de la Puerta de las ovejas, que es Cristo Jesús, para así entrar el reino celestial para alabarle para siempre. Una cosa es segura: si hemos conocido esa Puerta en esta vida, sin lugar a dudas entraremos en el cielo por medio de esta Puerta, Jesucristo, donde Él ha preparado las moradas celestiales para cada uno de los suyos. Que Dios nos bendiga con ese privilegio que no se puede expresar con palabras: el entrar en el reino de la gloria.

Jóvenes entre nosotros, hay un solo camino que lleva al cielo, y hay una sola puerta por la cual podemos entrar en el cielo. Pidan a Dios que les enseñe estas cosas en esta vida. Padres entre nosotros, que Dios no los deje descansar hasta que conozcan la Puerta de Su pueblo: Jesucristo, el Salvador Único.

Pueblo de Dios entre nosotros, ¡nunca reposen en los beneficios que han recibido hasta ahora! Siempre ruegan a Dios que les muestre más y más su gran necesidad de conocer a Jesús, la Puerta de Sus ovejas. ¿Cómo es que hoy en día hay tantos de los hijos de Dios que pueden vivir tan tranquilamente sin conocer a Jesús con su Salvador personal? Es porque muchos están en un estupor espiritual, y no se dan cuenta de Su gran necesidad de la Puerta de Sus ovejas. Oh amigos, que no haya solamente una vista de la Puerta, sino que haya una *entrada* por esta Puerta, para que podamos entrar y salir y hallar pastos, aquí en este mundo por parte, pero para siempre en el reino de los cielos. Que el Señor lo otorgue según Su propio beneplácito, y para Su propio honor y gloria. AMÉN.